

La desmentida, lo diferente y lo diverso: Visión antropológica y psicoanalítica¹

Cambalache: Un antecedente del reino de lo diverso



DANIEL GIL²

En 1934 Enrique Santos Discépolo (1901-1951) inmortalizó el problema de los cambios en los valores sociales en su estupendo tango *Cambalache* (1934). En él, en una catarata poética, Discepolín establece, en pares contradictorios, la realidad de la sociedad y la cultura en la primera mitad del siglo XX, adelantándose a lo que se iba a concretar muchos años después. Todos ellos son de una elocuencia y una enorme vigencia. En él compara la vida social con la mixtura «irrespetuosa de los cambalaches», donde se ha «mezclado la vida».

Tomaré, como ejemplo, tres versos de enorme riqueza y de un valor escatológico increíble, donde se unen los excrementos con lo sagrado³.

Dice así:

Y herida por un sable sin remache,
ves llorar la Biblia
junto a un calefón.

1 Publicado en el libro: Gil, D. (2020). *Sobre algunas de las formas más comunes de degradación de la vida cotidiana: Historias e ideas de un pasado reciente*. Montevideo: El Pago.

2 Miembro de honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. danielquinteros@gmail.com

3 Sin embargo, la propia palabra en griego, *éskhatos* («último») *logos* («tratado»), hace referencia tanto a creencias de ultratumba como a los excrementos (lo que se segrega hacia afuera). No obstante, en sentido teológico, tanto en el *Antiguo Testamento* como en el *Nuevo Testamento*, refiere al fin de la historia de la existencia y a las ideas al Reino de Dios en la predicación de Jesús. (W. R. F. Browning. *Diccionario de la Biblia*). Tal vez esta «flagrante» contradicción en los significados de *éskhatos* la «superó» Lutero cuando dijo que «los hombres son los excrementos de Dios».

¿Qué metaforiza esta extraña mezcla? Cuenta la historia que, en las primeras décadas del siglo XX, cuando se empezó a usar el cuarto de baño con todos sus implementos, el coste del papel higiénico era muy elevado y, en su sustitución, se usaban otros papeles, como el papel diario, el papel de estraza y, en especial, el papel biblia, preferido por su suavidad. Dicho papel era de obtención relativamente fácil, ya que la Sociedad Bíblica (protestante) regalaba Biblias.

Pero ¿por qué en estos versos se asocia algo tan disímil como la Biblia y el calefón?

La «historia» lo explica; porque en el calefón del cuarto de baño, para hacer uso del papel, se colgaba una Biblia a la que se perforaba y se le atravesaba un alambre --llamado «el sable sin remache»-, al alcance de la mano de quien estaba haciendo uso del inodoro⁴.

Tal vez este sea un cuento que vale como leyenda, pero lo que importa es que, en el torrente de versos en donde se juntan cosas disímiles y contradictorias, Discépolo se atreve a mezclar la mierda con lo sagrado⁵.

Nada más irreverente, irrespetuoso y sacrílego que esta elocuente definición del reino de lo diverso.

- 4 He tratado de averiguar de dónde provenía el nombre «sable sin remache», pero no he encontrado ninguna respuesta.
- 5 Dada la riqueza de la letra de este tango, no puedo evitar reproducirla en su totalidad: «Que el mundo fue y será/ una porquería, ya lo sé./ En el quinientos seis/ y en el dos mil, también./ Que siempre ha habido chorros./ Maquiavelos y estafaos./ contentos y amargaos./ valores y dublés./ Pero que el siglo veinte/ es un despliegue/ de maldá insolente/ ya no hay quien lo niegue./ Vivimos revolcaos en un merengue/ y en el mismo lodo/ todos manoseaos./ Hoy resulta que es lo mismo/ ser derecho que traidor./ ignorante, sabio, chorro./ generoso o estafador./ ¡Todo es igual! ¡Nada es mejor! Lo mismo un burro/ que un gran profesor./ No hay aplazaos ni escalafón./ los ignorantes nos han igualao./ Si uno vive en la impostura/ y otro roba en su ambición./ da lo mismo que sea cura./ colchonero, rey de bastos./ caradura o polizón./ ¡Qué falta de respeto./ qué atropello a la razón! Cualquiera es un señor./ cualquiera es un ladrón./ Mezclao con Stravinski./ van Don Bosco y la Mignon./ don Chicho y Napoleón./ Carnera y San Martín./ Igual que en la vidriera./ irrespetuosa/ de los cambalaches/ se ha mezclao la vida./ Y herida por un sable sin remache./ ves llorar la Biblia/ junto a un calefón./ Siglo veinte./ cambalache./ problemático y febril./ El que no llora no mama./ y el que no afana es un gil./ ¡Dale, nomás! ¡Dale que va! ¡Que allá, en el Horno./ nos vamo a encontrar! No pienses más./ sentate a un lao./ que a nadie importa si naciste honrao./ Es lo mismo el que labura/ noche y día como un buey/ que el que vive de los otros./ que el que mata, que el que cura/ o está fuera de la ley!».

LO DIVERSO Y LO DIFERENTE

Lo *diferente* y lo *diverso*: tanto en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner como en el *DRAE* (aun en su última edición de 2018), no se establece ninguna distinción significativa entre ambas palabras. Sin embargo, en su uso actual, y sobre todo a partir de la lucha feminista y por los derechos LGBTQ+, *diferente* se usa para señalar la discriminación-segregación (de género, de sexo, de raza, de religión, de clase), y *diversidad* (variedad, multiplicidad, pluralidad, complejidad) para la igualdad de derechos.

Durante mucho tiempo ha sido una idea generalizada que el sexo es un hecho natural y que el género es un fenómeno cultural que recubre solapadamente la naturalidad del cuerpo. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX, junto con las luchas contra la discriminación sexual, se desarrolló otra concepción, que sostiene que el sexo y el género no pueden ser diferenciados desde un punto de vista ontológico, pues los dos integran la realidad de las construcciones socioculturales.

Borrar la distinción entre lo diferente y lo diverso es el argumento mayor para fundamentar que el sexo es solamente una construcción cultural y, de ahí, el alegato de cualquier forma de práctica sexual.

Un ejemplo de ello es a (de) lo que ha llegado la proliferación de la «clasificación» de las identidades sexuales cuando la diferencia desaparece merced a la diversidad:

En un principio, en una clasificación de la ONU, se habló de LGBTQ (Lesbiana, Gay, Bisexual, Transexual, Queer), a lo cual se agregó luego un signo (+) debido a que cada vez eran más los grupos que no se sentían representados en dicha clasificación y reclamaban un reconocimiento dentro de la identidad de género, hasta alcanzar cifras tales como 112 (!), y ahí no termina⁶.

Esto muestra que, en realidad, no se trata de un criterio clasificatorio (simbólico) basado en las *diferencias* (conceptos), sino de una enumeración de *diversas* identidades sexuales. En una lista, que de ninguna

manera es exhaustiva, encontramos, por ejemplo: género fluido, asexual, intersexual, antrosexual, heteroreflexible, demisexual, pansexual, travesti, etcétera, etcétera)⁷.

Esto se complejiza más porque las luchas por la identidad de género han llevado a asociarse, por lo menos tácticamente, con movimientos feministas, de VIH, grupos afro, indígenas, migrantes, discapacitados, privados de libertad, jóvenes, viejos, a lo que cabe agregar los levantamientos multitudinarios ciudadanos (en Chile, Colombia, Ecuador, etcétera).

En el caso de Latinoamérica, «la dominación de clase y la dominación étnico-racial se alimentan mutuamente, por lo tanto, la lucha por la igualdad no puede estar separada de la lucha por el reconocimiento de la diferencia» (Sousa Santos, 2010, p. 15).

Y esto implica todo un problema de filosofía política, pero ¿cabe preguntarnos si la lucha de clase es una lucha más, junto con las luchas feministas, étnicas, etcétera, o todas estas luchas son luchas contra el capitalismo, que están «adecuadas» a una nueva etapa de su desarrollo, la de la globalización? La lucha feminista se encuentra en una contradicción antagónica con el patriarcado, pero derrotar al patriarcado no es igual a derrocar al capitalismo, lo que no quiere decir que no haya que «destronar» al patriarcado, y aún dentro de las democracias capitalistas se pueden lograr conquistas que obligan al reconocimiento de derechos.

En el momento actual, el enfrenamiento no se da (exclusivamente) a nivel de la contradicción entre el capitalista y el obrero, y adquiere diversas formas reivindicativas, pero todas ellas son expresión de la lucha de clases en el marco de los cambios del desarrollo del capitalismo en su etapa globalizada. Engels define esta idea de Marx como la ley que rige la marcha

7 Tal multiplicación heterogénea conduce a una ausencia de criterio clasificatorio, lo que dificulta la coordinación de los movimientos, al punto que se corre el riesgo de llegar a una «clasificación» como la de la enciclopedia china que mencionaba Jorge Luis Borges: «Esas ambigüedades, redundancias y deficiencias recuerdan las que el doctor Franz Kuhn atribuye a cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en: (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas».

de la historia: «Todas las luchas sociales –cualquiera sea su apariencia– son luchas de clases» (Marx, 1950, p. 249).

Todas estas formas de lucha, por más exitosas que fueren, son, en el mejor de los casos, rebeliones, pero no revoluciones. Quiero decir, el sistema capitalista las puede aceptar y conceder, pero ello no significa que su estructura sea modificada.

Desde luego, este problema es negado por todos aquellos que, en el mejor discurso neoliberal, niegan la existencia de la lucha de clases⁸.

Volviendo a nuestro tema, la pregunta es si existe la diferencia sexual o es una mera construcción cultural y lo único que existe son diversidades sexuales.

En este sentido, los aportes de Foucault (1976) han sido fundamentales para apoyar la tesis de la sexualidad como un dispositivo para la «creación» del sexo:

el sexo no es, sin duda, más que un punto ideal necesario para el dispositivo de la sexualidad. No es necesario imaginar una instancia autónoma del sexo que produciría secundariamente los efectos múltiples de la sexualidad a todo lo largo de su superficie de contacto con el poder. El sexo es, por lo contrario, el elemento más especulativo, el más ideal, y también el más interno de un dispositivo de sexualidad que el poder organiza en sus capturas de los cuerpos, de su materialidad, sus fuerzas, sus energías, sus placeres. (p. 205)

Lo que equivale a decir que la distinción entre naturaleza y cultura *es ya* una construcción cultural, y que no existe un hecho natural puro. Pero «la naturaleza», como dice Žižek (1993/2016)⁹, en cuanto Real, sigue siendo la insondable X que se resiste al «“aburguesamiento” cultural» (p. 213). Dicho de otra manera: la diferencia entre un hecho biológico

8 Ejemplo elocuente de ello fueron las expresiones del economista Ernesto Talvi en el debate que se realizó días antes de las elecciones nacionales, representando al Partido Colorado, con Oscar Andrade, dirigente obrero. En el debate, que se desarrolló en forma cordial y respetuosa, en un momento determinado Ernesto Talvi le dijo a Oscar Andrade: «Tú, Oscar, la próxima vez que veas un empresario, tienes que acercarte a él y darle un abrazo».

9 Ha sido de invaluable ayuda para la elucidación de este problema el conocimiento de este libro de Žižek.

(natural) -como un hecho positivo inequívoco- y una construcción cultural *presupuesta* radica en que la construcción cultural está *postulada* por el contexto cultural, pero *afirmación* no significa que todo sea cultural.

Los presupuestos de una cultura funcionan como marco dentro del cual se desarrollan ideas, creencias, representaciones. Son la vida misma de la cultura; variarán de una cultura a otra y dentro de una misma cultura en el transcurso del tiempo, pero siempre hay una X, *algo irreductible que no totaliza la cadena causal, que resiste a la simbolización y que se llama lo Real.*

En este sentido, la diferencia sexual, el hecho de que, *en toda cultura y en todos los tiempos*, ha habido siempre dos sexos -no uno ni muchos- nos habla de un universal que está más allá de los presupuestos de *una* cultura y que, como fundamento universal, es el zócalo de la cultura, como dice Françoise Héritier (ver más adelante).

El desconocimiento (desmentida) de la diferencia reduce todo a la diversidad, con lo cual se omite la dimensión de lo Real.

Este Real es a lo que se refiere la gran antropóloga Françoise Héritier cuando dice que

los seres humanos [...] han chocado -en último análisis- con topes para el pensamiento, es decir, *elementos de lo real, inmutables, recurrentes, que no es posible decorticar para reducirlos a componentes más finos, que es necesario [sin embargo] integrar a pesar de todo en una perspectiva común dotada de sentido.* [...] En la hipótesis que establezco, el primerísimo tope -en sentido lógico, no cronológico- es la comprobación totalmente asombrosa que hace el espíritu humano de la diferencia de sexos: hay siempre machos y hembras. [...] *Hay un gran clivaje cognitivo que ordena lo real* según la partición macho/hembra. (Héritier, citado en Dufour, 2011; destacado propio)

A lo cual agrega Dany-Robert Dufour (2011) que «*es por este elemento social de los seres humanos que se crean sistemas simbólicos*» (p. 255, destacado propio). Es decir que es sobre este zócalo de lo real que se construye toda la cultura.

Y J. Copjec (2006) añade que

la diferencia sexual es una diferencia real, no simbólica, y en esto se diferencia de otras diferencias, como la racial, de clase, de etnia, etcétera. [...] En este sentido, la diferencia sexual no puede ser deconstruida, ya que la deconstrucción solo se puede efectuar con productos de las construcciones culturales. (p. 28)

Esto no significa que el sexo sea simplemente un hecho natural,

el sexo encuentra su lugar cuando las prácticas discursivas tropiezan- y en modo alguno cuando producen significado. (p. 28)

Y, por último, para afirmar la dimensión real del sexo, me voy a apoyar en lo que sostenía Lacan (1972/s. f.):

Que el sexo es real, de eso no cabe la más mínima duda. Y en su estructura misma es lo dual (el duelo), es el número dos. Se piense lo que se piense, solo hay dos, los hombres, las mujeres, se dice, ¡y alguno se obstina en agregar a los auvernenses! Es un error. A nivel de lo real, no hay auvernenses. De lo que se trata cuando se trata del sexo es siempre del otro sexo, aun cuando se prefiera el mismo. [...] Hay algo sorprendente, y es que el sexo, como real, es decir dual en el sentido de dos, *nunca nadie, ni siquiera el obispo Berkeley, se atrevió a enunciar que era una pequeña idea que cada cual tenía en la cabeza, que se trataba de una representación*. Y es muy instructivo el hecho de que, en toda la historia de la filosofía, nunca a nadie se le haya ocurrido extender el idealismo hasta ese punto. [...] El psicoanálisis no es nominalista¹⁰. (pp. 276-277; destacado propio)

¡Bah! (¡Bah! ¡Bah!) –se me dirá–, ahora, con la tecnociencia, esos límites se han borrado, comprobando la tesis de que todo es cultural y, por lo tanto, en una nueva versión del nominalismo, reafirmando el sexo

10 Mis intentos por averiguar a qué se refería Lacan con los habitantes de l' Auvergne han sido vanos.

como diversidad¹¹. La razón instrumental ha predominado sobre la ética y se ha invertido la máxima kantiana, abriéndose la compuertas para que campee la perversión (moral): ya no más «puedo porque debo», ahora «*debo porque puedo*».

Todo esto ha tenido una enorme repercusión sobre la cultura.

LO DIFERENTE Y LO DIVERSO EN EL NIÑO Y EN EL «PERVERSO»¹²

Como se sabe, la distinción entre lo diverso y lo diferente está en el núcleo mismo del complejo de castración y de la idea de castración, ya que no es lo mismo lo *diverso* (*Verschiedenheit*) que lo *diferente* (*Unterschied*)¹³.

A partir de esta discriminación, que Jean Laplanche despegó de la obra de Freud –en especial cuando se refiere a la evolución del complejo de castración–, se elabora el concepto de la desmentida, en su forma normal (en el niño) y en su forma patológica (que la nosografía psiquiátrica clásica nombró perversiones)¹⁴.

En el pensamiento humano, previo a la «instalación» del complejo de castración («precastrativo»), operan *lógicas de lo diverso*, reino de lo imaginario. En las etapas oral y anal, los objetos son objetos parciales, y tanto los continentes (el pecho, el pene, un dedo) como los contenidos (la leche,

11 Prueba de ello es que ese real irreductible de la diferencia de sexo se mantiene. Una pareja de lesbianas decide cambiar de sexo y «transformase» en hombres. Para ello, obviamente, se realizan todos los tratamientos hormonales y quirúrgicos requeridos. Si bien uno de ellos se extirpó los órganos genitales femeninos, incluyendo los ovarios, el otro (otra) los mantuvo, cosa que fue fundamental para llevar a cabo el paso siguiente de su «metamorfosis»: tener un hijo. Obtuvieron espermatozoides de un amigo y se le implantaron, desde luego, a aquel(la) que había conservado sus ovarios. En Internet se puede ver a la feliz pareja, «ellos», dos obesos con pinta de camioneros, uno/a de ellos/as con un embarazo de ocho meses y, en el fondo de la foto, un peluche. (Se puede ver en Internet: *Scott Moore expecting baby*). Al parecer, por ahora, sigue quedando un reducto inevitable en lo que tiene que ver con la diferencia de los sexos.

12 Siempre que me ha sido posible, he tratado de evitar el término *perversión* por sus connotaciones morales peyorativas y por un uso, ya en vías de abandono, por parte de la nosografía psiquiátrica, en que varias de las entidades que figuraban en ella han sido suprimidas.

13 He hecho un estudio más elaborado en mi trabajo «Elogio de la diferencia» (Gil, 2011).

14 No está de más recordar que, en la obra Freud, el concepto de desmentida (*Verleugnung*) no está, en muchas circunstancias, claramente delimitado del concepto de desestimación (*Verwerfung*) y, en algún momento, Freud los usa como sinónimos.

el espermatozoides, las heces, la orina) se pueden intercambiar metonímicamente entre sí y con los continentes.

Luego de la instalación del complejo de castración, opera la *lógica de lo diferente*, la lógica fálica, impronta de lo simbólico, que no solo estructura el campo de la sexualidad, además, y sobre todo, organiza la forma en que se estructura (piensa) el campo de representaciones (el mundo), como conocimiento, como ética y como vida social. La enorme importancia que tiene este tema estriba en que en él se enlaza el pensamiento (lógico-racional) con lo simbólico (la Ley, la cultura), donde se expresa el deseo¹⁵.

La desmentida (*Verleugnung*) de la castración ha sido el mecanismo psicopatológico básico que ha caracterizado nosográficamente las llamadas perversiones, pero el no reconocimiento (desmentida) de la distinción entre lo diverso y lo diferente no solo repercute en la sexualidad: todo el campo simbólico (de la cultura) se ve afectado¹⁶.

El término *leugnung* significa «negación», «mentir acerca de algo». A su vez, *Verleugnung* significa «desmentida», «negación», «repudio», «renegación», y puntualiza tanto a un enunciado como a una percepción.

Dentro de la polisemia, el término *desmentida* (y afines) se referirá a distintos momentos del desarrollo normal y de la *patología*, dentro de la cual en la propia obra de Freud ni siquiera tiene un sentido homogéneo¹⁷.

15 En el pensamiento kleiniano también podemos encontrar un aporte de interés. «La ecuación simbólica –decía H. Segal– se emplea *para desmentir [disavowal] la separación entre el sujeto y el objeto*. Y, como consecuencia del sujeto [del yo] y el mundo. La ecuación simbólica es una función defensiva producida por una identificación proyectiva patológica, propia de la etapa esquizoparanoide. En ella, la diferencia entre el self y el objeto [parcial] se pierde, como se pierde la diferenciación entre partes del yo que se confunden con el objeto [parcial], al igual que la diferencia entre el objeto [parcial] y el símbolo. Es claro que lo que describe Segal es un típico funcionamiento dentro del registro de lo diverso, que nombra “desmentida”.

16 Para una evolución del concepto de castración, se puede consultar mi estudio «Una lectura freudiana del concepto de castración», en *Papeles olvidados* (Gil, s. f. inédito, pp. 102-157), donde he tratado de hacer una exposición detallada y cronológica de este tema en la obra de Freud. Remito al lector interesado en ello a este trabajo.

17 No abordaré aquí el tema desde el punto de vista del Edipo negativo ni positivo, como tampoco desde el de la sexualidad de la mujer.

Entiéndase bien que, en lo que sigue, no es el objetivo hacer un trabajo expositivo de la evolución del concepto. Lo único que trataré es de marcar tres modalidades que sirven como ejemplo: la desmentida en el niño, en la perversión y en el fetichismo.

La sexualidad en el niño, en un primer momento, se desarrolla en el reino *de lo diverso*. En ese momento, dice Freud, el niño «no puede concebir» [la ausencia del pene], «no le da contenido psíquico», «no se da por enterado», «no la puede representar»: todos problemas en la esfera del conocimiento, no por una negación o una renegación, sino por la falta de investidura libidinal. En suma, es para él un tema carente de interés.

Ya en un momento más avanzado, y tal vez porque con el pene obtiene un placer –que por el momento es solo placer de órgano, dado que no está unido a fantasías–, Juanito, por ejemplo, piensa que todas las cosas –tanto los objetos como los seres vivientes– tienen pene.

Luego, al ver a las niñas, llega a tomar conocimiento de la diferencia y elabora una teoría: la de que *no tienen pene, pero les va a crecer*. No puede evitar la e-videncia de la diferencia, pero niega, rechazar, reniega¹⁸ –y hasta repudia (todas acepciones de *Verleugnung*)– lo que ve u oye. En este momento sí podemos decir, *sensu stricto*, que empezó a operar la desmentida. Momento *imaginario* en el que se articulan tres componentes: a) el placer de órgano, b) las fantasías que lo acompañan (incesto), c) la negación, *el no*, la prohibición y el castigo, expresado en la amenaza de castración ejercida por el padre o sus representantes (complejo de castración)¹⁹.

18 Por esas riquezas del lenguaje, en castellano *renegar* significa «volver a negar» y también «rezongar», con lo cual se une a la prohibición y al castigo.

19 Se ha objetado que no siempre existe una amenaza de castración. Freud, para salvar este inconveniente, recurrió a las *fantasías originarias*. Más allá de la riqueza en otros sentidos que tienen estas fantasías, lo cierto es que el niño tiene otras experiencias corporales de pérdida, como es la pérdida de las heces, en la que, al placer de la retención y de la evacuación, se agrega el valor de don que tienen las heces, sin olvidar la «pérdida» del pecho.

Pero a todo ello se agrega otro elemento de valor *simbólico*, descubierto por Freud en el juego de uno de sus nietos: el de la polaridad de la presencia y la ausencia (juego del *fort-da*) y que, dirá Lacan, es ejercida por la madre simbólica²⁰.

Hasta aquí, los avatares de la desmentida en el niño, en la que la desmentida se puede calificar de normal, como lo planteara entre nosotros Myrta Casas.

En el adulto, la situación no es igual, y cabe hablar de una *desmentida propiamente dicha*.

En primer lugar, no podemos decir que los llamados «perversos» desconozcan la diferencia de sexos. La conocen y la reconocen, pero, como decía O. Mannoni, afirman que «ya lo saben, pero aun así...». Su «procedimiento» de desmentida es mucho más sutil; en forma esquemática, daré dos ejemplos:

- La diferencia de sexos existe, pero, en lo referente al goce, no tiene ninguna importancia ni ningún significado. Cosa que queda «demostrada» de varias maneras en las prácticas sexuales²¹, alguna de las cuales no se le habían ocurrido ni al mismísimo Marqués²².

20 Las «teorías explicativas» el niño las construye a partir de sus experiencias (percepciones, sensaciones) y de los mensajes que recibe del entorno (hábitos, creencia, prohibiciones), y dan sentido a las preguntas que se hace: ¿De dónde vengo? ¿Dónde se origina mi deseo? ¿De dónde proviene la diferencia de los sexos?

21 En otro trabajo, «Elogio de la diferencia» (Gil, 2011), en *Errancias*, di ejemplos de varias de estas prácticas.

22 En este sentido, la obra del Marqués de Sade es paradigmática. Sin embargo, el Divino Marqués, como lo llamó Apollinaire –que «no le hacía asco a nada», al menos a nivel del relato–, reiteradamente expresa su *repugnancia* ante el genital femenino, por ejemplo, en *Las ciento veinte jornadas de Sodoma* y en la última parte de la *Filosofía del tocador*, donde, luego de violar de todas las formas imaginables a la madre de Eugenia, «concluye el asunto con un *Noli tangerer matrem*, V...ada y cosida, la madre sigue estando prohibida. Queda confirmado nuestro veredicto sobre la sumisión de Sade a la ley» (Lacan, 1966, p. 790).

- Otra forma es el fetichismo. En los fetichistas, la falta de pene en la mujer se suple con una forma peculiar de «metáfora»²³: allí donde no está el pene, lo que ve es una insoportable *nada* que es «sustituida» por algo (un objeto) independiente (en el doble sentido que no depende ni pende) que tiene el valor de falo.

En ambos casos opera la angustia de castración (registro imaginario), que puede llegar a ser «hiperpotente», como la adjetiva Freud.

LA DESMENTIDA COTIDIANA

El ser humano se constituye como sujeto en el cruce de dos dimensiones. Por un lado, una sincrónica: la diferencia de sexos; por otro, en la dimensión diacrónica, la diferencia de generaciones. Pero, en lo atinente a la diferencia de sexos, hasta Lacan ha insistido más en lo imaginario (la amenaza de castración) que en lo referido a la falta, la ausencia, el desamor, la muerte, la prohibición, la ley (lo simbólico)²⁴.

En los últimos tiempos, y aun dentro del campo psicoanalítico, existe una tendencia a restar importancia a la castración. Comparto el juicio de François Balmès (2007/2008) de que

el rechazo teórico de la castración sigue siendo, hasta que se demuestre lo contrario, el último bastión de la resistencia, el signo más seguro de la ruptura con el psicoanálisis, ya sea freudiano o lacaniano. (p. 80)

Si no incluimos la castración (imaginaria y simbólica) como eje del psicoanálisis, no podremos ver la existencia de la desmentida.

23 Utilizo el término *metáfora* en forma abusiva, ya que la «metáfora –como la definía Du Marsais– es una figura por la cual se trasporta, por así decir, la significación propia de una palabra a otra que no concuerda con ella más que en virtud de una comparación que radica en la mente».

24 Si reducimos la castración solo a una expresión más del patriarcado, la restringimos a su dimensión imaginaria, con ello el estatuto de la castración pierde valor y la cultura queda limitada por la desmentida cotidiana.

La desvalorización de la diferencia y la exaltación de la diversidad que infiltran todos los ámbitos de la vida social y del pensamiento tienen consecuencias incalculables, con muchos logros justos y positivos²⁵, pero de un efecto devastador sobre otros (Gil, 2011).

Y es sobre esta vertiente donde en la posmodernidad se han visto las mayores repercusiones.

¿Cómo se articula este problema con el deseo? ¿Cómo repercute en la relación entre el principio del placer y el principio de realidad en esta nueva realidad en la que estamos inmersos?

Así como el deseo en el sueño tiene que disfrazarse para su realización, en la vida el deseo topa con la realidad (material y cultural) para realizarse. En este sentido, se tiene que establecer un «acuerdo», una transacción, entre (el principio de) la realidad y el principio del placer, lo que tiene como consecuencia que el deseo no solo se debe disfrazar, sino que debe adecuarse a lo que le impone la realidad o a transformar esa realidad, pero en todos los casos estará siempre infiltrada por el deseo.

Cuando el principio del placer no solo no se adecua ni transa, sino que se coloca «por encima» del principio de realidad, lo «domina», lo «controla» y lo pone a su servicio, altera el funcionamiento del proceso secundario y de los principios lógicos (principios de identidad, no contradicción, tercero excluido y razón suficiente) que lo sustentan, e incluso llega a «disfrazarse» con ellos²⁶. La consecuencia es que, por un mecanismo regresivo, decae la función simbólica y se altera la prueba de realidad, con lo cual se entra en el reino de lo diverso (*imaginario*), donde «todo vale», donde «todo es igual»²⁷. Entonces, el principio del placer, que establece el límite del deseo, sin el contrafuerte del principio de realidad se «desenfrena» y queda a merced (del mandato imperativo) del goce.

25 Por ejemplo, lo referente a la conquista de los derechos de las mujeres y los grupos LGBTQ+.

26 Este es un mecanismo similar al que plantea Kant cuando dice que si el amor-a-sí-mismo (*Eigenliebe*) se sobrepone al imperativo categórico, se abandona el campo de la ética, al punto de llamar a esto el mal radical.

27 Ver mi trabajo «La elaboración secundaria», en *Papeles olvidados* (Gil, s. f./inédito, pp. 75-86).

Es clásico el modo en el que Lacan reformuló el complejo de Edipo (1938)²⁸. Pero ¿podemos, hoy en día, a tantos años de su formulación –teniendo en cuenta los cambios que se han producido en lo referente al lugar del padre y de la madre, que han distorsionado la familia patriarcal típica– y la aparición de nuevas formas de la familia –familias monoparentales, familias de gays y de lesbianas–, pensar que ello no ha provocado modificaciones? Esto se ha visto en la propia evolución en el pensamiento de Lacan del concepto de Nombre del padre.

Es bienvenido el decaimiento de la figura del padre patriarcal y el advenimiento del padre paternal –como lo ha nombrado Sandino Núñez (14 de octubre de 2019)–, que, sin los atributos del padre imaginario que tiene el primero, trasmite la ley, a la que él mismo está sometido. Es por el decaimiento de la función simbólica paterna, *sin ser sustituida o compensada por otra formación simbólica*, que se ha menoscabado la presencia de la ley y su acción.

En este contexto, Jean-Pierre Lebrun (2007) ha forjado el concepto de *perversión cotidiana* (*perversion ordinaire*) para denominar el tipo de funcionamiento de nuestra cultura en la actualidad²⁹, y que yo –siguiendo a Ignacio Lewkowicz– ubico, más que en el campo de las nuevas patologías, en el de las nuevas normalidades³⁰.

28 Recordemos que, en el primer tiempo del complejo de Edipo, la madre establece una relación dual (narcisista) con el hijo, que tiene para ella el valor de falo. En el segundo tiempo, la interdicción del incesto, expresión de un padre simbólico, desaloja al niño de la posición de ser el falo materno, pero para eso es fundamental que ella la tenga internalizada y la mediatice. Esta proscricción es triple, ya que por un lado «prohíbe al niño yacer con su madre» y a esta «retornar el fruto de su vientre», pero también quien la enuncia queda sometido a ella (A). En el tercero se completa la castración, y es en el que aparece el padre real, el sujeto deseante, objeto de deseo de la madre.

29 Podríamos traducir *ordinaire* por *ordinaria*, que en castellano es una de sus acepciones y es definida como «algo o alguien sin cultura o urbanidad, grosero», lo que no se adecua al sentido que le da J.-P. Lebrun. Sería correcto traducirla por *común* o *corriente*, pero opté traducirla por *cotidiana* por dos motivos: el primero, porque expresa la forma en la que opera el mecanismo psicopatológico de la desmentida, infiltrando todos los ámbitos de la cultura, y el segundo, aprovechado la enseñanza de Freud cuando –ya en los principios, y para designar esta misma característica que hoy abordamos–, en su libro *Psicopatología de la vida cotidiana* [*Zur Psychopathologie des Alltagslebens*] (1901/1991), no la llamó *ordinaria* (*Tagung*), sino *cotidiana* (*Alltagslebens*). Por eso a esta perversión se la puede llamar *perversión (de la vida) cotidiana*, y a la desmentida a ella asociada, *desmentida cotidiana*.

30 Por *nuevas normalidades* se entienden nuevas formas de pensar o de actuar que no son juzgadas patológicas, ni ilegales ni inmorales, y que, por lo tanto, son socialmente consideradas normales.

Dice Lebrun que la ha designado así porque «es necesario distinguirla de la estructura perversa en sentido estricto, a la cual no parece corresponder esta perversión actual» (p. 309).

J.-P. Lebrun la nombra *perversión* no en sentido moral, sino, específicamente, en sentido patológico, porque el mecanismo es el mismo que opera en la perversión: la desmentida (*Verleugnung*), pero no de la misma manera por haberse modificado los lugares en la estructura familiar y social. En lo social, y en la cultura en general, el padre de la época patriarcal, más allá de su dimensión imaginaria, era aún sostén de la prohibición. Pero algunos de los padres que se presentan como modelo en la posmodernidad –que viven bajo el influjo de la moda y del consumismo, cultivando un aspecto juvenil, más «camarada», «compañero», «compinche», cuando no un «cómplice» de los deslices de los hijos– están muy lejos del padre terrible (imaginario), tan característico del patriarcado. Este nuevo modelo de padre –incapaz de enunciar un *no*, una prohibición, una ley frente a sus hijos– queda imposibilitado, cuando no descalificado, para operar en la dimensión simbólica. A pesar de ello, este padre, en una versión nueva del padre imaginario, lo que preconiza es el goce, que se transforma en un mandato: ¡Goza!

Por lo tanto, cabe pensar que la desmentida en la perversión cotidiana, si bien merece ser designada con ese nombre, no se puede efectuar en igual forma que en el patriarcado, ya que en esta posmodernidad no estamos ante el mismo modelo de padre ni de madre que en la modernidad, por lo menos en lo que al mundo occidental se refiere.

Entonces, ¿cómo aparece la desmentida en la posmodernidad?

J.-P. Lebrun (2007) sostiene que la desmentida

es un mecanismo psíquico donde la contradicción no opera y le permite al (neo)sujeto, al mismo tiempo, reconocer y refutar [las dos vertientes de la relación con la realidad], decir que *sí* y decir que *no*. Se trata de una «abolición simbólica en que ambos términos de la relación con la realidad coexisten sin que se produzca una desestimación (*Verwerfung*). Pero esta coexistencia se realiza al precio de vivir «en un mundo completo e inconsistente, donde los contrarios aparentemente no se oponen», donde uno de los términos está como en *stand by*, pero no desestimado [*verwirf*]. Pero una vez que la desmentida encuentra su lugar privilegiado, el sujeto

se encuentra desprotegido. No puede ya contar con la vectorización fálica para la organización pulsional. *Pues, al dejarse llevar por la creencia que puede decir sí y no sin que haya contradicción, queda impedido para emprender cualquier trabajo que implique una renuncia.* [Ello] le imposibilita confrontarse con la realidad inevitable en la cual sí no es no, y se le hace difícil saber cuándo es sí y cuándo es no. (p. 321)

Confrontados a la desmentida, de hecho, no estamos obligados a elegir entre presencia o ausencia (entre la neurosis o a la psicosis) de la significación fálica. [...] El efecto obtenido será el de que *el significante fálico estará en su lugar en el sujeto, pero que, al mismo tiempo, todo sucede como si no dispusiera de él.* Esto significa que el desmentidor es capaz de objetar al Otro, [que es otro rebajado] y, por lo tanto, evade la psicosis. Pero, en el mismo movimiento, este efecto de abolición³¹ simbólica no lo sitúa en la neurosis, en todo caso no en la neurosis banal, clásica. (pp. 321-322, destacado propio)

Pero este «evitamiento» de la psicosis no es tan sencillo, ya que hay una forma de «psicosis» que coexiste con la perversión común. En su libro *Locura y democracia*, Dany-Robert Dufour (2002) ha descrito un cuadro clínico que nombró *psicosis cotidiana (psychose ordinaire)*, o *psicosis fría*. Se trata de un cuadro clínico psicótico, pero que carece de delirios y alucinaciones (pp. 149-1641).

Su interés no radica en la creación de una nueva entidad clínica, que puede tender a medicalizar el problema, sino en el hecho de que pone de manifiesto un fenómeno social (cultural) de enorme importancia.

Dufour expone varios ejemplos, de los cuales elegiré uno por su elocuencia y brevedad.

Se trata de una persona que sacó a pasear a su mascota. En el paseo, la mascota se ensucia y se moja. Retornado a su casa, el dueño baña a su perrito, y como queda mojado y hace frío, decide secarlo. Para ello, no

31 Lebrun utiliza el término *abolición*, aunque no me parece el más feliz. La abolición corresponde más a la desestimación. Por eso digo que una de las vertientes es como si estuviera en *stand by*.

encuentra mejor lugar para efectuar esa operación que el horno microondas, así que allí introduce a su mascota y enciende el horno. El efecto no se hace esperar, y su mascota implosiona. Hasta aquí, el asombro nos puede hacer pensar en un acto psicótico, pero la historia no queda allí. El propietario del perrito considera que eso no fue un error de él –para llamarlo de una manera leve–, sino que fue consecuencia de que en el manual de uso del aparato en cuestión no estaba consignado que no se podían poner en el interior seres vivos y, por lo tanto, la fábrica del microondas era responsable del accidente y debía indemnizarlo. Hasta aquí, nuevamente, podemos juzgar el proceder del sujeto como algo psicótico con ribetes paranoicos. Sin embargo, el episodio no termina ahí, sino que prosigue en el terreno legal: un abogado se hace cargo del caso y establece una demanda a nivel de un juzgado civil. Y como esta historia no deja de asombrarnos, el paso siguiente da cuenta de que lo que hasta ahora relatado, que era un *crescendo* carente de razón por parte del demandante apoyado por su abogado, es amparado por la justicia: el juez dio lugar a la demanda y falló a favor del demandante. Es decir que no se trataba de cuán «loca» **era** la conducta del sujeto ni de que tuviera un «socio» que lo acompañara en su locura –en este caso, su abogado–, sino de que el sistema judicial operó con la misma lógica.

Dufour da varios ejemplos de este tipo, lo que muestra que no se trata de casos aislados y excepcionales, sino que son conductas en las que los sujetos y la sociedad parecen haber perdido la capacidad de un razonamiento coherente y funcionan con un mecanismo que no es el de la forclusión y que Dufour designa «avería simbólica»³².

Cuando estaba escribiendo estas páginas, llegó a mis manos un trabajo de Sandino Núñez (14 de octubre de 2019) que aborda también este tema, pero no desde el ángulo de la patología, sino desde lo social. Dada su importancia, reproduciré un fragmento³³.

32 Lamentablemente, en la exposición de Dufour no queda claro cómo es el mecanismo de lo que él llama «avería».

33 Consultado al respecto, Sandino Núñez me comunicó su desconocimiento de la obra de Dufour e, incluso, de la existencia del autor.

La política, la ética, la *razón* clásica, la *conciencia* –ese ligar formal que mantiene cierta distancia que me separa de lo que veo o hago (mi *vida*, digamos) e introduce mi capacidad «interna» de juzgarlo, de pensarlo y considerarlo– parece no tener fuerza para aparecer en la vida de la comunidad. No hay forma de hacer de esa comunidad (económica) una sociedad (política). No hay ley o un lenguaje social que antagoniza lo razonable y lo no razonable, sino un código que levanta un muro entre lo permitido y lo no permitido. [...] La judicialización técnica no busca *responsabilidad* (simbólica) civil, sino *culpabilidad* (responsabilidad civil o penal ante la violación de la regla o la norma). Necesita, por tanto, partir del axioma de la absoluta inocencia de la víctima, esto es, de su pasividad radical o de su inexistencia subjetiva. Digamos que si hay un cartel que dice «mire para ambos lados antes de cruzar la calle», ese cartel no refuerza o complementa mi sentido de lo razonable (miro a ambos lados porque sé que por la calle circulan a velocidad considerable unos objetos duros y pesados que se llaman autos, camiones u ómnibus, que si impactan mi cuerpo lo van a dañar, etc.): tiende a objetivarlo (a ponerlo «fuera de mí») y a suplantarlos (ya nada hay «dentro de mí» que no sea la «internalización» de esa exterioridad). Ahora miro antes de cruzar *porque* hay un cartel que me indica cómo proceder. Y si un día el cartel no está y me atropella un auto, el beneficio es que puedo litigar contra la institución o la empresa que retiró u olvidó colocar el cartel. (párr. 2)

Lo que confirma que, socialmente, estas conductas no son consideradas como patológicas y ya pasan a ser «nuevas normalidades», que es imposible que existan sin la operación de la desmentida a nivel de los procesos lógico-rationales. ♦

Descriptores: IDENTIDAD SEXUAL / DISCRIMINACIÓN / CULTURA / DESMENTIDA / CASTRACIÓN /
DIFERENCIA SEXUAL ANATÓMICA / GÉNERO / SOCIEDAD / LO SIMBÓLICO
Descriptores candidatos: DIVERSIDAD SEXUAL / DIVERSIDAD / LGBTQ+

Keywords: IDENTITY SEXUAL / DISCRIMINATION / CULTURE / DISAVOWAL / CASTRATION /
ANATOMIC SEXUAL DIFFERENCE / GENDER / SOCIETY / THE SYMBOLIC
Candidate keywords: SEXUAL DIVERSITY / DIVERSITY / LGBTQ+

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Balmès, F. (2008). *Dios, el sexo y la verdad*. Buenos Aires: Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 2007).
- Copjec, J. (2006). *El sexo y la eutanasia de la razón: Ensayos sobre el amor y la diferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Dufour, D.-R. (2002). *Locura y democracia: Ensayo sobre la forma unaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dufour, D.-R. (2011). *L'individu qui vient*. París: Denoël.
- Freud, S. (1991). Psicopatología de la vida cotidiana. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 6). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1901).
- Foucault, M. (1976). *Histoire de la sexualité, 1: La volonté de savoir*. París: Gallimard.
- Gil, D. (2011). Elogio de la diferencia. En D. Gil, *Errancias* (pp. 189-213). Montevideo: Trilce.
- Gil, D. (s. f.). *Papeles olvidados*. Disponible en: <http://danielgilquinteros.blogspot.com/2018/05/papeles-olvidados-compilacion-1973-2016.html> (Inédito).
- Lacan, J. (1966). Kant con Sade. En J. Lacan, *Écrits*. París: Seuil.
- Lacan, J. (s. f.). Leçon 04 Mai 1972. En J. Lacan, *...Ou pire / Le savoir du psychanalyste*. Disponible en: <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.3.19%20%20S19.OU%20PIRE.pdf> (Trabajo original publicado en 1972).
- Lebrun, J.-P. (2007). *La perversion ordinaire*. París: Denoël.
- Marx, K. (1950). *El 18 Brumario de Louis Bonaparte* (vol. 1). Ediciones en Lenguas extranjeras.
- Núñez, S. (14 de octubre de 2019). El juego que juega, 3. *Txt escritura militante Blog*. Disponible en: <https://txt2020.blogspot.com/2019/10/el-juego-que-juega-3-sandino-nunez.html>
- Sousa Santos de, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Trilce.
- W. R. F. Browning. Diccionario de la Biblia.
- Žižek, S. (2016). *La permanencia en lo negativo*. Buenos Aires: Godot. (Trabajo original publicado en 1993).